



## Comentario bibliográfico

**Folke Ax, Christina; Brimnes, Niels; Thode Jensen, Niklas y Oslund, Karen (eds.): *Cultivating the Colonies. Colonial States and their Environmental Legacies*, Ohio, Ohio University Press, 2011.**

**Carlos Luciano Dawidiuk**  
Universidad Nacional de Luján  
luchodawidiuk@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 04/04/2014  
Fecha de aprobación: 10/04/2014

**C**ultivating the Colonies ha nacido de una selección de artículos expuestos en una conferencia sobre historia ambiental en el contexto del imperialismo celebrada en uno de los centros globales de poder, al menos en relación a la historia ambiental: el Instituto Histórico Alemán, situado en Washington D.C. Y ello da cuenta, en cierta medida, de la madurez de un campo académico que tiene aproximadamente ya unas cuatro décadas de desarrollo en Estados Unidos y Europa, aunque resulte todavía novedoso en América Latina. De todas maneras, esta obra particularmente presenta algunas características que la distinguen entre otras anteriores.

Esencialmente, los trabajos reunidos en este libro apuntan a poner de relieve el modo en que la relación entre el poder colonial y el ambiente acaba por revelar la naturaleza misma del poder. De este modo, cada estudio explora las formas en que los gobiernos coloniales tradujeron a la

práctica ideas acerca de la gestión de la naturaleza exótica y del gobierno de pueblos extranjeros. Pero también se deja bien en claro que quienes llevaron adelante el negocio imperial “tienen sus manos sucias”.

Pero para comprender mejor la particularidad de este aporte, debemos advertir primero que resulta bastante notorio el hecho de que se haya producido mucho material académico en torno a la manifestación más obvia del colonialismo, es decir, el violento ataque de Europa sobre África, Asia y América Latina. Frecuentemente, los análisis relativos las políticas coloniales se enfocan en las invasiones, los movimientos de resistencia o el cambio cultural y el colonialismo en tanto ideología, entre otras cuestiones. Sin embargo, son evidentemente muy escasos los textos en los que se investiga adecuadamente la relación entre la gestión de los recursos naturales y la dominación de los habitantes de las colonias. En este sentido, la originalidad de estos trabajos, casi sin lugar a dudas, reside esencialmente en la importancia del ambiente como *locus* para el estudio del poder del Estado colonial. Pues queda claro a lo largo de todo el libro que en las problemáticas ambientales analizadas intervienen siempre cuestiones tanto ideológicas como socioeconómicas.

Otra de las peculiaridades de este libro, es que reúne once estudios de caso que se proponen un alcance planetario e histórico, pues van, por ejemplo, desde el norte de Rusia hasta el Mozambique poscolonial, desde Lesoto hasta la India británica, de Luisiana a Siberia y desde Indochina hasta las Filipinas españolas, en un rango cronológico que va del siglo XIII al XX. Dicha diversidad geográfica y cronológica es atravesada también por una pluralidad temática considerable, ya que se puede apreciar el impacto del colonialismo en la ganadería, la pesca, en las prácticas y las tierras de cultivo, en las prácticas médicas, e incluso en las dietas de los nativos. Y, justamente, la suma de esas investigaciones puntuales que integran esta compilación nos permite examinar desde una perspectiva global los métodos a través de los cuales los Estados coloniales gobernaron la naturaleza en sus dominios, cuyas marcas sobre el paisaje dan cuenta aún de que las transformaciones desarrolladas durante el colonialismo perviven más allá de su final.

El origen nórdico de los compiladores —Christina Folke Ax, especialista en Historia Escandinava de la Universidad de Copenhague, Niels Brimnes, investigador dedicado a la Historia de la In-

dia y a la Historia de la Medicina de la Universidad Aarhus de Dinamarca, Niklas Thode Jensen, especialista en Historia de la Ciencia y la Medicina en las colonias danesas de India y el Caribe, y Karen Oslund, quien actualmente trabaja sobre una historia ambiental global de la caza y protección de ballenas— puede considerarse también como una peculiaridad más que suma a la singularidad de esta obra. Particularmente porque se trata de una mirada que no se halla necesariamente comprometida con la herencia de las potencias colonialistas ni con la experiencia dominante de las consecuencias poscoloniales.

Esta “distancia” relativa tal vez explique la centralidad de la pregunta, que ha guiado la selección de artículos que componen esta obra, en torno a qué es lo específicamente “colonial” en los Estados coloniales, a si efectivamente se pueden hallar evidencias de que dichas entidades ejercieron mayores transformaciones en la naturaleza, o bien fueron más destructivas, que los Estados modernos, que atraviesa a la totalidad de los estudios de esta compilación. Y si bien los autores recogidos ofrecen diferentes respuestas a esta pregunta, todos coinciden en que es necesario un enfoque de las continuidades en torno a los modos en que los gobiernos coloniales adaptaron estrategias y mecanismos tradicionales, autóctonos y de los colonizadores en un intento de gestionar el ambiente para comprender la formulación de políticas modernas. En lugar de proporcionar una respuesta “fácil” en relación a la naturaleza del colonialismo, los investigadores arrojan luz sobre los aspectos destructivos y las tendencias conservacionistas de los Estados coloniales. En definitiva, la diversidad de los casos presentados puede entenderse como un esfuerzo conjunto por comprender más profundamente la naturaleza del Estado mismo.

Así, mientras que muchas obras se han organizado geográficamente, en *Cultivating the Colonies* se ha escogido como criterio ordenador la evolución del propio proceso de colonización, considerando que es sustancial comenzar indagando la percepción colonial del ambiente, que precede a la “gestión” y la explotación del mismo: es decir, encarar primero la elaboración de la intención colonizadora, para luego pasar a la colonización propiamente dicha y, por último, a los efectos persistentes del colonialismo. A esta perspectiva responden las tres secciones en las que los editores han agrupado los diferentes artículos: la Parte 1, “Percibiendo el ambiente colonial” que se enfoca en explorar cómo se vislumbra el entorno de las colonias desde las metrópolis; la Parte

2, “Gestionando el ambiente colonial”, en la que se trata de explicar de qué modo se trató de manejar ese entorno y, finalmente, la Parte 3, “El legado del colonialismo”, en la cual se discute sobre la herencia, las continuidades y las rupturas, respecto a los Estados coloniales.

En cada sección y ensayo, se presta una especial atención a las cuestiones de la agencia y a la forma distintiva en que las interacciones entre la tierra, el colonizador y el colonizado se enmarcan en las respectivas etapas de la colonización. Y, asimismo, las tres secciones contienen investigaciones que apoyan y que, al mismo tiempo, desafían la noción de que los Estados coloniales tuvieron un efecto profundamente destructivo sobre el ambiente.

Así, cada una de estas tres grandes fracciones del libro, si bien no deja de responder a una mirada general que las integra, puede leerse como un bloque temático independientemente de los otros. Y esto se puede notar en las temáticas abordadas en algunos artículos significativos respecto a la intención particular de cada sección. Por ejemplo, en la Parte 1, el ensayo de Daniel Rouven Steinbach, investigador de la Universidad de Exeter dedicado a explorar la construcción de una identidad colonial europea en África, como se deja entrever en su sugestivo título “Tallado en la naturaleza: Identidad y Ambiente en el África Colonial alemana”, se centra en el uso del término alemán *Heimat* como un marco estético en el que se apoyaron los colonos para hacer frente a la naturaleza africana y, al mismo tiempo, como base sobre la que se da la construcción de un sentimiento de pertenencia, basado en el entorno natural. Y lo más interesante es que, al mismo tiempo que se analiza esta transposición conceptual, se señala que dicho término jugaba el mismo papel en la metrópoli.

Como muestra significativa de lo que hace a la perspectiva general implícita en la Parte 2, se puede citar el trabajo de Julia Lajus, directora del Centro de Historia Ambiental y Tecnológica de la Universidad Europea de San Petersburgo, que se ocupa de la “La colonización del norte de Rusia: una frontera congelada”, un largo proceso que va desde el siglo XIII hasta la actualidad. Si bien la autora aborda semejante espectro temporal en un artículo de pocas páginas, se trata de un estudio bien documentado. Este trabajo se enfoca sobre todo en demostrar que las fuertes restricciones económicas, ambientales y de seguridad impidieron el desarrollo de la frontera del norte ruso, y se aventura a sugerir que es probable que ésta se mantenga “congelada”, a menos que se modifi-

que a causa de la rivalidad por los recursos minerales recientemente reactivada y las preocupaciones en torno al calentamiento global.

Del mismo modo que en las secciones anteriores, en la Parte 3, resulta interesante cómo en el ensayo de Elizabeth Lunstrum, profesora de Geografía de la York University de Toronto, “Racionalidad estatal, desarrollo, y la formación del Territorio Estado: Desde extracción colonial a la conservación poscolonial en el sur de Mozambique”, se argumenta que es necesario seguir investigando la manera en las que las reconfiguraciones territoriales del pasado siguen dando forma al futuro del LNP (Parque Transfronterizo Limpopo) como un espacio de conservación, cooperación y conflicto. Esta investigación hace hincapié en que el punto nodal en torno a esta cuestión se halla en la solicitud o demanda directa de las comunidades que sacrifican el acceso a sus tierras en nombre del desarrollo nacional. Los trabajos de la tercera sección, enfocados en el período poscolonial, demuestran cómo la experiencia del colonialismo cambió profundamente la relación entre el hombre y la naturaleza, no sólo en territorios coloniales como Mozambique, sino también en centros de producción del conocimiento como el citado caso de Oxford.

Por otra parte, es importante considerar que la similitud de muchos de los argumentos en este sentido sobre los casos específicos, que difieren en los planos espaciales y cronológicos, expuestos en los ensayos reunidos en este libro, crean una narrativa compleja del accionar de los Estados coloniales que resalta los efectos persistentes del colonialismo en la política ambiental moderna.

Por ejemplo, el trabajo de Phia Steyn, africanista dedicada a los problemas ambientales en la Universidad de Stirling en Escocia, sobre el consumo de alimentos Basuto, al igual que el de la citada Elizabeth Lustrum sobre la Presa de Massingir en el sur de Mozambique, como el de Joseph Hodge, especialista en Historia del Imperio Británico en la Universidad de West Virginia, sobre el papel de los expertos coloniales británicos en la perpetuación de ciertas ideas y prácticas ambientales más allá de la división colonial-poscolonial, comparten una visión negativa en relación a los efectos del estado colonial en la naturaleza. Estos autores consideran que son pocas las diferencias entre el uso colonial del poder y la forma en que otros estados ejercen su voluntad y dan curso a sus proyectos. Según dichos casos estudiados, parece no haber prácticas ambientales específicas

que se hayan desarrollado particularmente y de modo único dentro del marco del colonialismo, puesto que los colonizadores continuaron con las estrategias y los mecanismos de la época pre colonial, ya que éstos resultaron ser perfectamente adecuados para la gestión tanto de los recursos ambientales y para enfrentar los riesgos concretos.

Otros colaboradores de esta compilación, sin embargo, sostienen que los estados coloniales y los modernos guardan similitudes pero de ningún modo son equivalentes entre sí. Estos autores apuntan a describir cómo ciertos requisitos económicos y socio-culturales impulsaron a los Estados metropolitanos a transferir sus propios enfoques sobre el ambiente a escala global. Tanto la escala como la naturaleza de los nuevos proyectos en las colonias requerían nuevos mecanismos y estrategias, que no se satisfacían simplemente mediante la cooptación o la adaptación de los ya existentes. En su estudio comparativo de cuatro deltas de ríos en Estados Unidos, China, India y Senegal, Christopher Morris, especialista en Historia Ambiental en la Universidad de Texas, destaca los modos en que los colonos actuaron sobre los diferentes paisajes frente al reconocimiento de sus posibilidades comerciales, llevando su experiencia de una región deltaica a otro punto ecológico similar. Por su parte, Andrew Wear, lector emérito en Historia de la Medicina en la University College de Londres, subraya la impronta de la “europeización” del ambiente local en las colonias. En este sentido, por ejemplo, los asentamientos de montaña de Darjeeling y Simla no guardaban casi similitudes con los pueblos indígenas pre coloniales, sino que se parecían más a los lugares de origen de los extranjeros que habían dejado atrás.

Algunos ensayos, inclusive, van más allá del debate en relación a la brecha similitud-disimilitud para explorar otros aspectos de la “naturaleza del poder”. De este modo, en su trabajo sobre ciencias meteorológicas en las Filipinas españolas y norteamericanas, Greg Bankoff, profesor de Historia Moderna de la Universidad de Hull, reflexiona en torno a cómo las diferencias entre las tradiciones científicas del norte y del sur de Europa dieron forma a la percepción de un Estado de la mano de Estados Unidos, y de otro, bajo el legado de España. Por otro lado, en su estudio sobre el papel que desempeñaron los médicos indígenas en el brote de peste en el Punjab colonial urbano, Kavita Sivaramakrishnan, historiadora de la Universidad de Columbia especializada en ciencias sociomédicas, sostiene que la evidencia de una “reacción homogénea hostil” por parte de los sanadores ante la intervención colonial en materia de salud de los nativos es escasa, dado que esta

más bien actuó como un conducto entre el estado y sus súbditos. Es decir, que los curanderos locales mezclaban el conocimiento indígena con las directivas que recibían de parte del Estado colonial, fusionando las dos variantes de las prácticas médicas en lugar de oponerse uniformemente a los paradigmas europeos. En el caso de David Biggs, historiador de la Universidad de California enfocado en problemáticas de la historia ambiental del Vietnam moderno, estudia cómo las evidencias de la fotografía aérea respaldaron las percepciones orientalistas de la naturaleza humana y contribuyó a la clasificación de los campesinos como “perezosos” o bien como “héroe”. Finalmente, Peder Anker, historiador ambiental especializado en historia de la ecología y en arquitectura y diseño ecológicos, rastrea la colocación y la carpintería de maderas provenientes de diversas regiones del Imperio que reflejaban las jerarquías y los estereotipos de la élite imperial. Este trabajo se enfoca menos en el legado poscolonial, y pone mayor empeño en demostrar las amarras coloniales que caracterizan a los institutos metropolitanos tales como el Instituto Forestal Imperial de Oxford.

A modo de conclusión, podemos decir que a pesar de que el volumen editado ofrece una excelente introducción, que puede resultar como una guía útil para establecer puntos de conexión entre los argumentos de los diferentes trabajos, la pluralidad temática como la diversidad geográfica y cronológica hacen a este libro de difícil acceso a un público no académico o, incluso, no especializado. Sin embargo, es evidentemente elogiosa, teniendo en cuenta el estado actual de los estudios sobre el colonialismo, la ambiciosa tarea de investigación de los aspectos prácticos de la gobernanza ambiental colonial y la búsqueda de comprensión de cómo ese estudio puede iluminar las complejidades propiamente modernas en los estados posteriores a la independencia.

En este sentido, debemos destacar que la totalidad de los trabajos que componen esta obra mantienen un alto nivel de investigación en archivos originales, como de análisis y aplicaciones claras para garantizar sin reservas el tratamiento y discusión en ámbitos académicos. Asimismo, el carácter fragmentario de esta compilación, que inevitablemente atraviesa a toda obra de este tipo, contribuye a la visión del colonialismo desde una perspectiva global, pero no sólo por la pluralidad temática a la que aludíamos antes, sino más bien por una labor en este caso de los editores,

de garantizar un equilibrio en la selección y la disposición de los artículos que permite visualizar el impacto de este fenómeno tanto en las colonias como en las metrópolis y en su devenir histórico.

Sin lugar a dudas, los editores y autores han hecho bien en no rehuir a la irrecusable complejidad de su tarea. En lugar de intentar abordar todos los matices de la historia colonial, el conjunto de estos estudios de caso servirán fundamentalmente de ejemplo para el estudio e investigación de la gestión colonial de la naturaleza y de las personas. Los estudiosos de la historia ambiental se beneficiarán de la lectura de este libro escrito con lucidez, no solo por la diversidad de casos abordados sino por las referencias útiles a fuentes vernáculas que mencionábamos anteriormente.

Sin embargo, no podemos dejar de notar que ha dejado importantes preguntas sin respuesta. Precisamente, una de las falencias más importantes puede observarse en relación al tratamiento dado, en general, a las políticas ambientales coloniales, en las que no se ahondó debidamente para mostrar las diferentes, y frecuentemente contradictorias, opiniones sostenidas por los responsables políticos de las colonias. Además, el enfoque encausado desde arriba hacia abajo en la mayoría de los ensayos ignora cómo la gente percibió, resistió y absorbió las continuidades o cambios en las ideas y prácticas ambientales, sin atender a la compleja realidad en la cual los cambios y las continuidades a menudo coexisten.